



ASIGNATURA: Ciencias Sociales

GRADO: octavo

DOCENTE: Juan Sebastián León Palacios

TIEMPO DE DESARROLLO: SEMANAS DEL 7 AL 17 DE Julio DEL 2020 EL DESARROLLO SE ENVIARÁ AL CORREO: jsleonp@hotmail.com O NÚMERO DE WHATSAPP -----

AL FINALIZAR EL DESARROLLO DE ESTA GUÍA APRENDERAS: los eventos base que dieron origen al territorio de Colombia; introducción inicial al contexto contemporáneo del país

CONTEXTO MOTIVACIONAL

¿Los eventos del siglo XIX en Colombia influyen en el contexto cotidiano del país?

¿En el pasado vivimos alguna pandemia?

¿El conocimiento brindado por la actual escuela es relevante en este periodo de crisis mundial?

CRITERIOS DE VALORACIÓN: el desarrollo de las actividades será abordado desde una perspectiva de proceso y no de resultado. Elaborar las actividades en el cuaderno, ordenadamente y siguiendo los puntos de la guía te asegura una valoración óptima. Los tiempos (semana de desarrollo) no serán dificultad o impedimento para la obtención de una valoración favorable.

después de una lenta guerra de diez años, con ayuda de Francia y de España, y se convertían en una inaudita república de ciudadanos libres y felices (con excepción, por supuesto, de los negros esclavos). En Inglaterra se asentaba la Revolución Industrial, que iba a transformar el mundo y, de pasada, a sembrar las bases económicas del Imperio británico. En Francia estallaba en 1789 una revolución burguesa: la Revolución con mayúscula. Y en la ingeniosa máquina de la guillotina les cortaban la cabeza a los aristócratas y a los reyes, en nombre de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad. Y al amparo de esa revolución, al otro lado del océano los negros esclavos de Haití lograban su libertad y les cortaban la cabeza —a machete— a los dueños blancos de las plantaciones, y luego a las tropas francesas, y luego a las españolas del vecino Santo Domingo, y luego a los mulatos... Y así sucesivamente.

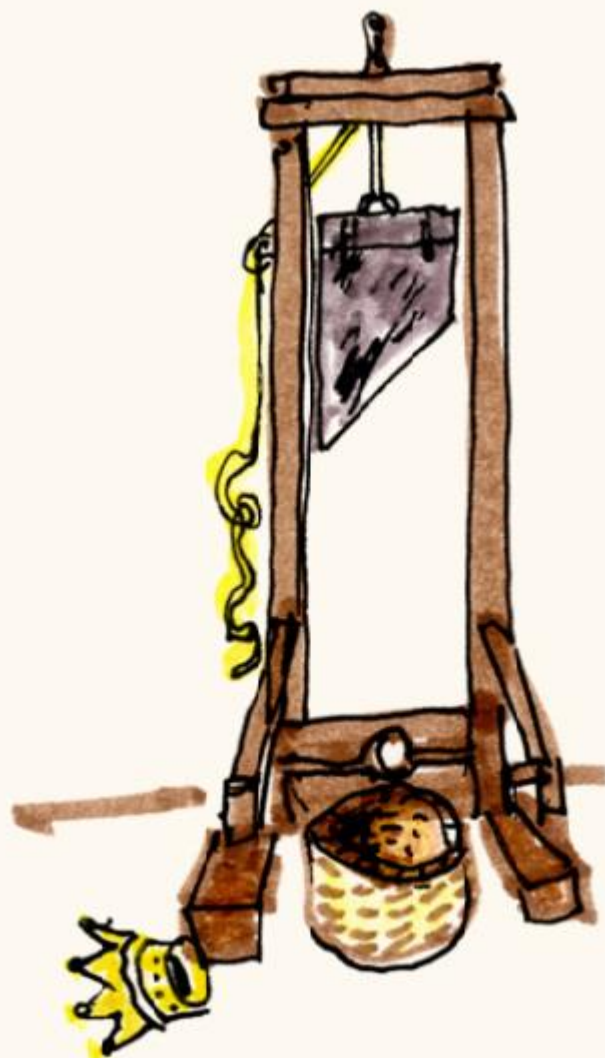
CONTENIDO A DESARROLLAR:

LA DESGRACIADA PATRIA BOBA

PRIMERA PARTE

(recordemos y contextualicemos el origen de lo procesos independentistas en América)

A finales del siglo XVIII sucedían cosas tremendas en el mundo. Las colonias americanas de Inglaterra proclamaban su independencia y la ganaban



La guillotina abrió nuevos caminos
para la Historia

Las potencias monárquicas de Europa le declararon la guerra a la Francia revolucionaria. Un general corso llamado Napoleón Bonaparte dio en París un golpe de Estado, se proclamó cónsul a la romana y luego emperador de los franceses, y procedió a conquistar por las armas el continente europeo para imponerle a la fuerza la libertad, desde Lisboa hasta Moscú. En cuanto a España (que nunca había dejado de estar en guerra —pues era todavía un gran imperio— en tierra y mar, en el Mediterráneo y en el Atlántico, contra Francia unas veces, contra Inglaterra otras, a veces también contra el vecino Portugal por asuntos de ríos amazónicos o de naranjas del Alentejo), fue invadida por las tropas napoleónicas en 1808, destronados sus reyes y reemplazados por un hermano del nuevo emperador francés. Con la ocupación extranjera se desató además una guerra civil entre liberales y reaccionarios, entre “afrancesados” partidarios de una monarquía liberal y patriotas de dura cerviz animados por curas trabucaires, y el país se desgarró con terrible ferocidad.

UN SAINETE SANGRIENTO

Secuestrados por Napoleón los reyes, en el sur de la península todavía no ocupado por las tropas francesas se creó una Junta de Gobierno, y a su imagen se formaron otras tantas en las provincias de Ultramar: en Quito, en México, en Caracas, en Buenos Aires, en Cartagena, en Santafé (que en algún momento indeterminado había dejado de llamarse Santa Fé, y muy pronto iba a volverse Bogotá). Se abrió así la etapa agitada, confusa y tragicómica que separa la Colonia de la República y que los historiadores han llamado la Patria Boba: el decenio que va del llamado Grito de Independencia dado el

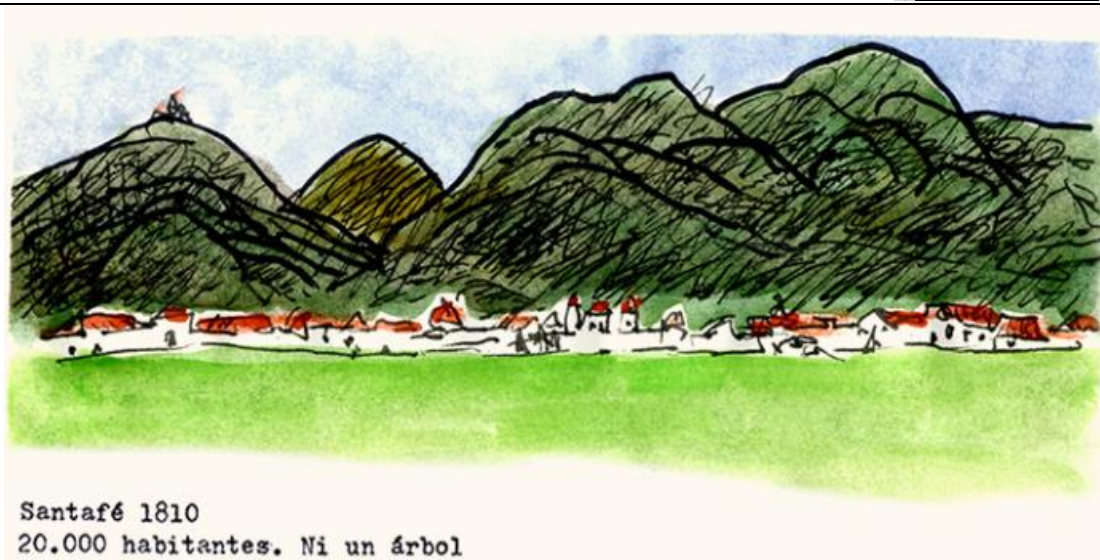
ÁREA Ciencias Sociales

20 de julio de 1810 en Santafé a la Batalla del Puente de Boyacá librada el 7 de agosto de 1819, comienzo formal de la Independencia de España. Diez años de sainete y de sangre.

En la Nueva Granada las perturbaciones habían empezado casi quince años antes, al socaire de las increíbles noticias que llegaban sobre las revoluciones norteamericana y francesa. De la primera, los ricos comerciantes criollos de Cartagena y Santafé y los hacendados caucanos de productos de exportación —azúcar, cacao, cueros, quina— habían sacado la ocurrencia del libre comercio: en su caso, para comerciar con las colonias inglesas independizadas y con Inglaterra misma. De la segunda, los intelectuales — que eran esos mismos hacendados y comerciantes, más los doctores en Derecho que ya entonces vomitaban por docenas las universidades del Rosario, de San Bartolomé y de Popayán— habían sacado las ideas de *liberté, égalité, fraternité*, entendidas de manera convenientemente restringida: libertad de las colonias frente a España, pero no de los esclavos; igualdad de los criollos ante los españoles, pero no de las castas de mulatos y mestizos ante los blancos. ¿Fraternidad? No sabían lo que podía ser eso, ni siquiera en los más sencillos términos cristianos. Una generación atrás había observado el arzobispo—virrey Caballero y Góngora que nunca había visto gentes que se odiaran entre sí tanto como los criollos americanos.

En 1794 el señorito criollo Antonio Nariño, rico comerciante y estudioso intelectual, había traducido e impreso en Santafé la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de la Asamblea revolucionaria de Francia: pero sólo había distribuido tres ejemplares entre sus amigos, y había pagado su audacia subversiva con años de cárcel, de exilio y de cárcel otra vez. La represión, pues, empezó en la Nueva Granada antes que la revolución.

Una represión preventiva. Porque lo que aquí había no era ni el embrión de una revolución en serio: sólo una amable fronda aristocrática hecha de mordacidades sobre el virrey y de buenos modales ante la virreina. Aunque la imprenta llegó tarde, en comparación con Lima o México, hacía algunos años circulaban periódicos locales, y se recibían los de Filadelfia y los de Francia. Lo que en París eran los clubes revolucionarios aquí no pasaban de amables tertulias literarias de salón burgués. Antonio Nariño tenía una, que era tal vez también una logia masónica; el científico Francisco José de Caldas otra, el periodista Manuel del Socorro Rodríguez otra más, la señora Manuela Sanz de Santamaría una llamada “del Buen Gusto”, en su casa. En ellas se discutía de literatura y de política, se tomaba chocolate santafereño (no hacía mucho que la Santa Sede había levantado la excomunión sobre esa bebida pecaminosamente excitante) con almojábanas y dulces de las monjas. Una copita de vino fino de Jerez. Para los más osados, coñac francés importado de contrabando por alguno de los distinguidos contertulios. Una señora tocaba una gavota en el clavicordio. Un caballero ya no de casaca sino de levita, con un guiño populista, rasgueaba al tiple un pasillo. Se hablaba de los precios del cacao en Cádiz y de los negros en Portobelo, de los problemas con el servicio indígena, de las gacetas llegadas de Londres y de París (las de Madrid estaban sometidas a una férrea censura desde el estallido de la revolución en Francia), de la ya consabida insatisfacción de los criollos ricos por su exclusión del poder político. Empezaban a llamarse ellos mismos “americanos”, y a llamar a los españoles no sólo “chapetones” —como se les dijo siempre, desde la Conquista, a los recién llegados— sino también “godos”, ya con hostil intención política.



Pocos años antes había observado el viajero Alejandro de Humboldt: “Hay mil motivos de celos y de odio entre los chapetones y los criollos [...]. El más miserable europeo, sin educación y sin cultivo de su entendimiento, se cree superior a los blancos nacidos en el Nuevo Continente”.

Entre dos aguas, el ya casi americano pero también godo, funcionario virreinal y poeta aficionado Francisco Javier Caro componía himnos patrióticos:

“No hay más que ser (después de ser cristiano, católico, apostólico y romano) en cuanto el sol alumbra y el mar baña que ser vasallo fiel del rey de España”.

Sus descendientes, ya no españoles sino americanos pero también godos en el sentido político, también compondrían himnos patrióticos, que veremos más adelante.

TODO POR UN FLORERO

Con las noticias de las guerras de Europa se agitaron esas aguas coloniales que, desde los tiempos de la sublevación de los Comuneros, parecían otra vez estancadas. En la España ocupada, la Junta de Gobierno refugiada en Cádiz convocó unas Cortes en las que por primera vez participarían, con una modesta representación, las colonias americanas; y en respuesta a la invitación, el más brillante jurista de la Nueva Granada, Camilo Torres, escribió un memorial. El hoy famoso *Memorial de agravios* en que exponía las quejas y las exigencias de los españoles americanos: un documento elocuentísimo que tuvo el único defecto de que no lo conoció nadie, porque en su momento no se llegó a enviar a España y sólo fue publicado treinta años después de la muerte de su autor. El más importante documento explicatorio de la Independencia fue archivado sin leerlo.

O bueno: no era ese el único defecto. Tenía también el defecto natural de no representar los agravios de todos los americanos: Torres hablaba en nombre de su clase, no del pueblo. Señalaba en su queja que “los naturales (los indios) son muy pocos o son nada en comparación con los hijos de los europeos que hoy pueblan estas ricas posesiones. [...] Tan españoles somos como los descendientes de don Pelayo”. Era para los criollos ricos para quienes Torres reclamaba derechos: el manejo local de la colonia, no su independencia de España. La independencia que a continuación se proclamó fue el resultado

ÁREA Ciencias Sociales

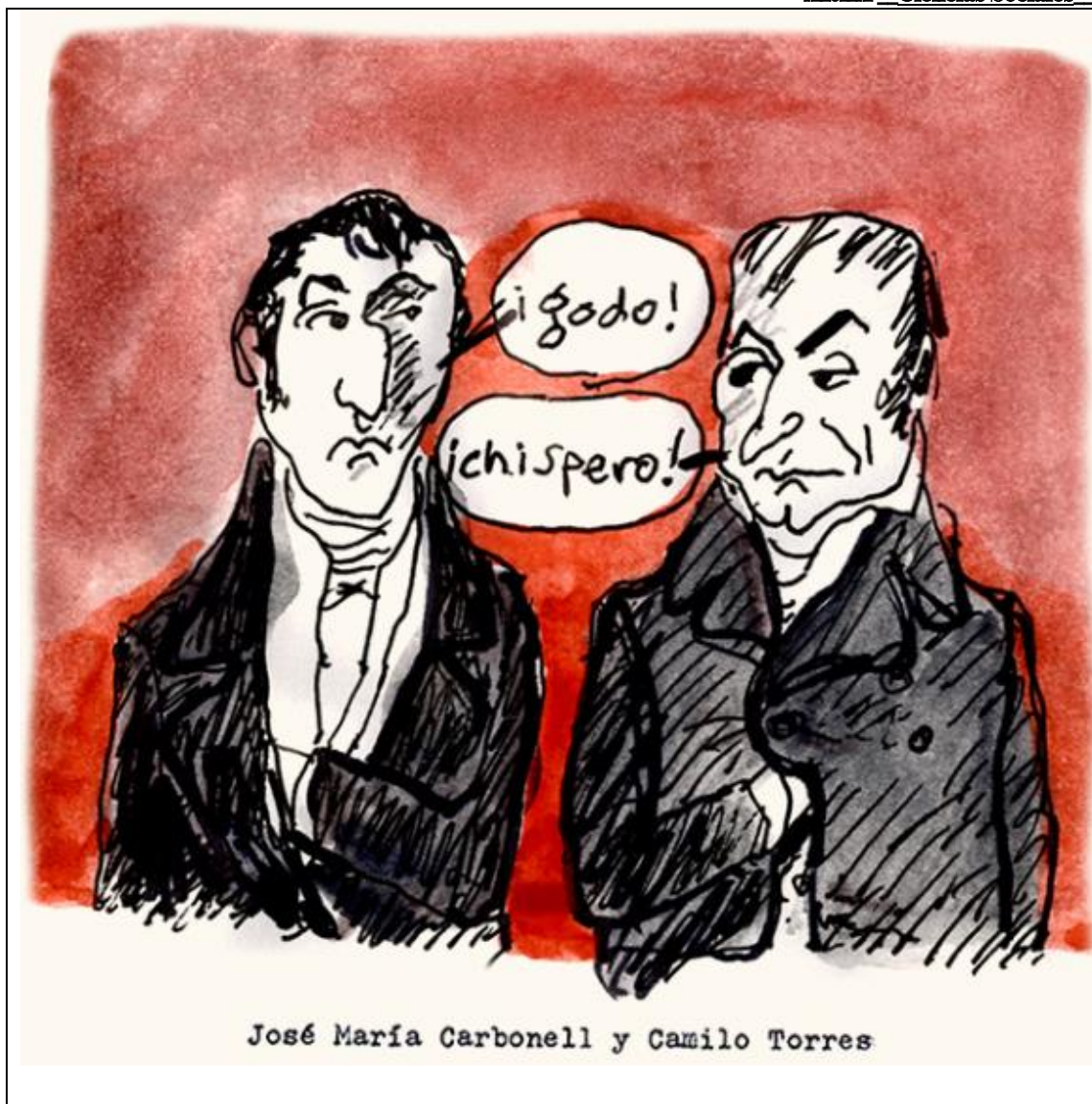
inesperado de un incidente que a la clase representada por Torres se le salió de las manos por la imprevista irrupción del pueblo.

La cosa fue así. Un puñado de abogados ambiciosos y ricos santafereños, Torres entre ellos, y los Lozano hijos del marqués de San Jorge, y Caldas el sabio de la Expedición Botánica de Mutis, y Acevedo y Gómez, a quien después llamarían el Tribuno del Pueblo por sus dotes de orador, y tal y cual, que ocuparían todos más tarde altos cargos en la Patria Boba y serían luego fusilados o ahorcados cuando la Reconquista española, un puñado de oligarcas, en suma, habían planeado organizar un alboroto con el objeto de convencer al viejo y apocado virrey Amar y Borbón de organizar aquí una Junta como la de Cádiz en la cual pudieran ellos tomar parte. Junta muy leal y nada revolucionaria, presidida por el propio virrey en nombre de su majestad el rey Fernando VII, cautivo de Napoleón. Pero Junta integrada por los criollos mismos.

El pretexto consistió en montar un altercado entre un chapetón y un criollo en la Plaza Mayor un día de mercado para soliviantar a la gente contra las autoridades. Fue escogido como víctima adecuada un comerciante español de la esquina de la plaza, José Llorente, conocido por su desprecio por los americanos: solía decir con brutal franqueza que “se cagaba en ellos”. Y el criollo Antonio Morales fue a pedirle prestado de su tienda un elegante florero para adornar la mesa de un banquete de homenaje al recién nombrado visitador Villavicencio, otro criollo (de Quito). Cuando Llorente, como tenían previsto, le respondió que se cagaba en él y en el visitador y en todos los americanos, Morales apeló al localismo encendido de las turbas del mercado, en tanto que su compinche Acevedo y Gómez saltaba a un balcón para arengarlas con su famosa oración: “¡Si dejáis perder estos momentos de

efervescencia y calor, antes de doce horas seréis tratados como sediciosos! ¡Ved los grillos y las cadenas que os esperan...!”.

Pero la cosa no pasó de darle una paliza a Llorente y, al parecer, de romper el florero, del cual hoy sólo subsiste un trozo. La autoridad no respondió a la provocación como se esperaba, sacando los cañones a la calle: aunque así lo pedía la combativa virreina, el poltrón virrey no se atrevió. La gente de la plaza se aburrió con la perorata incendiaria de Acevedo y empezó a dispersarse, y se necesitó que otro criollo emprendedor, el joven José María Carbonell, corriera a los barrios populares a amotinar al pueblo, cuyo protagonismo no estaba previsto por los patricios conspiradores. Los estudiantes “chisperos” echaron a rebato las campanas de las iglesias, y al grito de “¡Cabildo Abierto!” las chusmas desbordadas de San Victorino y Las Cruces incitadas por Carbonell, los despreciados pardos, los artesanos y los tenderos, las revendedoras y las vivanderas del mercado invadieron el centro e hicieron poner presos al virrey y a la virreina y quisieron forzar, sin éxito, la proclamación de un Cabildo Abierto que escogiera a los integrantes de la Junta. En la cual, sin embargo, lograron tomar el control los ricos: los Lozano, Acevedo, Torres, que al día siguiente procedieron a liberar al virrey y a llevarlo a su palacio para ofrecerle que tomara la cabeza del nuevo organismo. La virreina, cuenta un historiador, “mandó servir vino dulce y bizcochos”.



Y hubo misas, procesiones, un tedeum de acción de gracias al que asistió toda la “clase militar”, que en pocos días ya contaba con más oficiales que soldados. Pero continuaban los bochinches. Cuenta en su *Diario* de esos días el cronista José María Caballero que el desconcierto era grande: “Con cualesquiera arenga que decían en el balcón los de la Junta u otros, todo se volvía una confusión. Porque unos decían: ¡Muera! Otros ¡Viva!”. En los barrios se formaban juntas populares, inflamadas por los discursos de Carbonell y sus chisperos: señoritos estudiantes que escandalosamente, provocadoramente, usaban ruana. Se fundó en San Victorino un club revolucionario. El pueblo seguía en las calles, y corrían el aguardiente y la chicha en las pulperías y en las tiendas. El virrey Amar huyó a Honda, y de ahí a España, aprovechando la distracción de una procesión en honor de Nuestra Señora del Tránsito. La Junta creó una milicia montada de voluntarios de la Guardia Nacional: seiscientos hombres enviados de sus haciendas por los “orejones” sabaneros que, cuenta Caballero, cabalgaban por las calles empedradas “metiendo ruido con sus estriberas y armados con lanzas y medialunas”. Se restableció el orden. A Carbonell y a los suyos los metieron presos. Y apenas quince días después de proclamada la Independencia el 20 de julio, el 6 de agosto, se celebró solemnemente con desfiles y procesiones y el correspondiente tedeum en el aniversario de la Conquista.

Es natural: eran los nietos —o los tataranietos— de los conquistadores. Eran los descendientes de don Pelayo. Todos los participantes en los retozos democráticos del 20 de julio eran hijos de español y criolla, “manchados de la tierra”, pero casi ninguno criollo de varias generaciones. Todos eran parientes entre sí. Primos, yernos, hermanos, cuñados, tíos los unos de los otros. La Patria Boba fue un vasto incesto colectivo. Todos eran ricos propietarios de casas y negocios, de haciendas y de esclavos. Por eso querían

mantener intacta la estructura social de la Colonia: simplemente sustituyendo ellos mismos el cascarón de autoridades virreinales venidas de España, pero sin desconocer al rey. Querían seguir siendo españoles, o, más bien, ser españoles de verdad, por lo menos mientras esperaban a ver quién ganaba la guerra en la península: si los patriotas sublevados contra el ocupante, o “los libertinos de Francia” que pretendían abolir la Inquisición y la esclavitud e imponer “las detestables doctrinas (igualitarias) de la Revolución francesa”.

CONTINUARA...

Tomado de “**Historia de Colombia y sus oligarquías (1498 - 2017)**”, por *Antonio Caballero*, Capítulo 5: la Desgraciada Patria Boba”

INDICACIONES GENERALES PARA EL DESARROLLO DE LAS ACTIVIDADES

Las actividades deben desarrollarse en el respectivo cuaderno de la asignatura. Se debe escribir como título el número de taller, la asignatura y enviar al correo electrónico (con esta misma información) por medio de fotos. La retroalimentación será general y simple; las fotos presentan una gran dificultad de lectura, por ende y guardando el principio de igualdad, la retroalimentación será general y unísona para todos los educandos.

ACTIVIDADES

1. Leemos detenidamente y en repetidas ocasiones de ser necesario “contenido a desarrollar”.
2. Buscamos 30 palabras clave (vocabulario nuevo o relevante para usted), las traducimos al inglés y posteriormente buscamos su definición en español.
3. Repasamos en nuestro cuaderno los acontecimientos de la Revolución Francesa, posteriormente elaboraremos un breve resumen y su relación con la independencia en América (media página).
4. ¿Cree usted que actualmente somos libres e independientes, durante la presente cuarentena? (media página).
5. Haciendo uso de colores y marcadores grafique lo entendido acerca de “**UN SAINETE SANGRIENTO y TODO POR UN FLORERO**” (2-3 páginas).

No debe enviarse el desarrollo antes del 7 de julio.

Se recibirá la actividad en el correo: jsleonp@hotmail.com

El presente taller tiene un desarrollo estimado de 8-14 horas de trabajo.

Recomiendo desarrollarlo por partes y con calma.